

**“En toda su extensión,
la formación de los jóvenes debe privilegiar
el desarrollo de sus capacidades y no
el aumento de sus conocimientos.”**



5 ¡Esmérate!

Cuando era maestro de escuela primaria, había en la vecindad una fábrica de tejas que me regalaba arcilla para mis clases de modelado y luego cocía las piezas que realizábamos – máscaras, jarras – sin cobrarme nada. Pero una vez sucedió una desgracia, las piezas - ya listas para cocer - al llenarse probablemente de humedad en la fábrica, estallaron en el horno y hubo que botarlas. ¡Todo el trabajo en vano!

¿Realmente en vano?

Preguntémoselo a Pestalozzi. Como ya lo he mencionado en el tercer capítulo, Pestalozzi considera que el desarrollo de las fuerzas y capacidades es la tarea básica de la formación y la educación. Si aceptamos esto, debemos preguntarnos: ¿Con qué *medios* podemos lograrlo? Según Pestalozzi, esto se logra, *sin excepción, cuando el niño emplea sus capacidades*. El niño sólo logra desarrollarse cuando *actúa él mismo*.

En lo que corresponde al cuerpo, este “principio del propio actuar” resalta realmente a la vista. Hay tantas cosas sensatas y bonitas que se pueden decir sobre las maravillas que se pueden hacer con la mano o con todo el cuerpo humano y sin embargo: ni la fuerza, ni la destreza, ni la elasticidad se alcanzan con teorías. Del mismo modo, nuestras facultades mentales y psicológicas sólo se desarrollan empleándolas. Pestalozzi lo subraya de esta manera:

Pero el desarrollo fundamental de cada una de esas facultades individuales sólo ocurre empleándolas. El amor y la fé, fundamentos de nuestra vida ética, sólo se desarrollan naturalmente: amando y teniendo fé. Como seres humanos,

sólo desarrollamos naturalmente el fundamento de nuestras facultades mentales, al pensar o pensando. Del mismo modo, únicamente desarrollamos con naturalidad los fundamentos externos o físicos de las facultades que necesitamos para nuestra profesión o trabajo artístico es decir: nuestros sentidos, órganos y miembros por el hecho mismo de emplearlos de acuerdo a la naturaleza. (Sämtliche Werke. Obras completas 28, 60)

“Emplear nuestras propias facultades” significa: “realizar o trabajar algo”. Con mucha frecuencia, el maestro que exige trabajo a sus alumnos tiende – lamentablemente – a reprocharse una falta de consideración con sus alumnos o un puro sometimiento a las exigencias del mercado. Pero quien reconoce el valor central de la utilización de las facultades para el desarrollo del alumno, pensará de otra manera sobre la naturaleza misma del trabajo:

Por trabajo debemos entender no sólo el *resultado*, es decir *el producto* de un esfuerzo, sino también el *esfuerzo mismo o sea el proceso*.

En la *economía* se justifica que se subraye la importancia del *aspecto producto* del esfuerzo, pues lo propio de la economía es producir. En cambio, en la escuela no se produce nada sino que se desarrollan las fuerzas y capacidades, y por eso se hace énfasis en el aspecto proceso. La actividad del “propio hacer” es lo esencial y no lo que se ha producido mediante esa actividad, no el producto. Por eso, el trabajo de un alfarero - que vive de lo que hace – pierde su *sentido*, si se le malogran las piezas en la horneada. Pero si lo mismo sucede con las piezas moldeadas por los alumnos, el trabajo aún tiene sentido a pesar de todo, pues de lo que se trata es de desarrollar el sentido de las formas y la habilidad manual de cada uno y no realmente de las piezas en sí. Por ello, pese al destrozo de la mercancía, sigue habiendo ganancia.

Sin embargo, esto no significa que el resultado de la actividad de los alumnos no tenga importancia. Digamos que su valor no está - como en el caso de la producción económica – en el resultado en sí, sino en su relación al proceso. De esta manera, por ejemplo, tenemos mucha razón de continuar prestando atención a la presentación cuidada de los cuadernos y de los trabajos escritos pero no por el hecho de que se vendan mejor. Más bien, es la exigencia la que concede una dimensión educativa a la actividad de los alumnos y los cuadernos limpios y cuidados evidencian que han estructurado el proceso de trabajo de la manera deseada. Y no olvidemos que los alumnos se alegran, por lo general, de un trabajo que ha salido bien. Esto propicia un clima de aprendizaje positivo y motiva a los alumnos para realizar otros esfuerzos. Por lo tanto, los resultados visibles, el conocimiento objetivo y el do-

minio de ciertas habilidades tienen también una posición de valor esencial, en el marco de un sistema que entiende la educación como proceso.

El anhelo de Pestalozzi, de que el aprendizaje trate - en primer lugar - de desarrollar capacidades, se deja evidenciar si lo enfrentamos a la educación “material” y “formal”. La *educación material* trata de alcanzar objetivos específicos, es decir un conocimiento claramente definido y habilidades determinadas. Mientras que la educación formal sirve de manera general a ampliar la gama de respuestas posibles del alumno que resultan del hecho de ocuparse de metas de aprendizaje concretas. Estas son, por lo tanto, *el medio para* lograr *el fin*, que es: el desarrollo de capacidades. No hay materia alguna que no pueda ser utilizada para el desarrollo general de capacidades. Para nosotros, los maestros, es esencial no perder de vista el aspecto formal de la enseñanza cada vez que tratamos un tema específico. Por eso, al revisar una lección debemos preguntarnos: ¿Habrán realmente progresado los alumnos? ¿Sus capacidades habrán sido tomadas en consideración suficientemente como para fortalecerlas y para ampliar las posibilidades de los alumnos? ¿Qué capacidades eran esas? ¿Y se habrán beneficiado, en ese sentido, todos los alumnos?

En mi capacidad de formador de maestros pude, durante mis visitas a las escuelas, ver bastante fácilmente si se tomaban en consideración las capacidades y talentos de los alumnos: no había desarrollo de capacidades según las ideas de Pestalozzi, si los alumnos hacían el tonto con sus vecinos de mesa, si no se concentraban, si trabajaban sin esmero y velozmente para terminar su trabajo de una vez. Cuando las capacidades del niño están activadas, eso no sucede. Todos están concentrados en su trabajo, reina una atmósfera de tranquilidad, se habla sólo sobre el tema tratado y la tarea que se debe hacer, los alumnos no quieren interrupciones ni distracciones. Y cuando por algún motivo se ausenta el maestro no estalla el caos, sino que el aula sigue tan silenciosa como antes y los alumnos continúan concentrándose en su trabajo como si nada. A menudo he observado que los niños se molestaban cuando tocaba la campana y debían interrumpir su trabajo.

“¡Ojalá fuese así!” pensarán algunos. En calidad de maestros conocemos bien que clase de resistencia desarrollan los alumnos, lo que nos lleva a hacernos la pregunta: “¿De qué *medios* dispone el maestro para motivar a los alumnos para que realicen un trabajo verdadero?”

El medio más utilizado es la presión psicológica, sobre todo con la ayuda del sistema de notas. Esto es ante todo comprensible puesto que nosotros mismos, los maestros, estamos sujetos a la presión del éxito. Éxito social muy

particular, puesto que depende sólo indirectamente de nosotros mismos y en cambio, directamente del comportamiento de los alumnos. Cuando los *alumnos* tienen buenos resultados y se comportan correctamente, se considera que *somos* buenos maestros.

A pesar del uso tan común y por razones obvias de la presión psicológica como medio para motivar el rendimiento, al fin de cuentas es contraproducente, pues a nadie le gusta trabajar bajo presión y precisamente por eso, los alumnos reaccionan oponiendo resistencia. El resultado es que consideran todo aprendizaje y cada esfuerzo como una tarea engorrosa que hay que tratar de esquivar en lo posible y como es obvio, la responsabilidad de su progreso se la hacen cargar al maestro. Sería ingenuo ignorar este hecho.

¿Qué es digno de esfuerzo? La meta debe ser: guiar al alumno *hacia la alegría en el trabajo*. Pestalozzi lo enuncia de manera pertinente así: *el aprendizaje, sea cual sea, no vale un centavo si, en el intento, se han perdido el ánimo y la alegría* (Sämtliche Werke. Obras completas 1, 121). Los alumnos pueden realizar un buen trabajo con alegría, esto acontece, no sólo en muchas disciplinas, sino también en el ámbito de las actividades de esparcimiento. Muchos hacen equitación, juegan en clubs de fútbol, hacen ballet, y observemos: ahí, ellos realizan todo tipo de esfuerzos sin chistar.

¿Y porqué no sucede también lo mismo en la escuela? Las razones son numerosas, el fracaso resulta del descontento y la rebeldía de los alumnos difíciles, o sea de los que no han aprendido a contenerse, a movilizarse por una causa o a poner su egoísmo en segundo plano. Pero mucho se debe al sistema. Cada coerción, todo aquello que reprime la libertad individual y por consiguiente también todo lo que es obligatorio tiende a reducir la alegría en el trabajo: las obligaciones escolares, los horarios, la obligación de pertenecer a una comunidad, el plan de estudios y las metas predeterminadas. También todo lo que nos asusta disminuye la alegría como: la presión por parte de los padres y de los maestros, el sistema de notas, el miedo a no ser promovido, el miedo a fallar ante los compañeros. Todo aquél que no pueda refutar esto, tendrá que aceptar que nuestro sistema escolar, organizado hasta en sus más mínimos detalles y que constantemente reduce la libertad necesaria para realizar toda formación, no ofrece la solución ideal.

Pero a pesar de todos estos impedimentos, la experiencia muestra que bajo ciertas circunstancias siempre se puede lograr establecer una atmósfera de aprendizaje favorable. Los medios idóneos para lograrlo son, en primer lugar, el *ejemplo* y el *amor* que le damos *al niño*, el *reconocimiento de su indi-*

vidualidad, el *aliento* que le infundimos y también nuestro *compromiso con lo que realizan*. La oposición tan frecuente que hay entre alumnos y maestros debe reemplazarse por la experiencia general de una convivencia. Cuando los alumnos perciben que el maestro está de su lado, dejan de oponer resistencia y se dejan integrar en un proceso de desarrollo y aprendizaje que para todos es satisfactorio. Debo subrayar que no hay soluciones fáciles; nada está aislado, es decir, que hace parte de un todo. Existe una interdependencia y por eso, cada capítulo de este libro deberá mostrar cómo, a pesar de todo, podemos persuadir a los alumnos a *trabajar con alegría*.